

MUSEO DE CHAÑARAL:

Un sueño más grande que ellos mismos

POR ANTONIO ALFARO
ESCRITOR

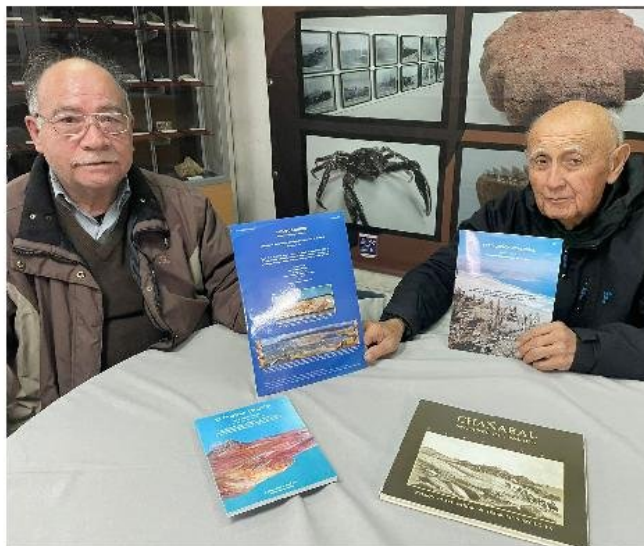
Cuando uno entra al Museo de Historia Natural y Prehistoria Rodolfo Amando Philippi, no ingresa a una sala de exhibiciones cualquiera. En realidad, cruza el umbral de un sueño colectivo. Uno que nació sin presupuesto, sin grandes instituciones, sin manuales. Nació de doce personas comunes que se propusieron lo extraordinario: fundar un museo.

No fue un impulso momentáneo ni un pasatiempo de domingo. Fue una convicción que maduró a fuego lento, como los mejores minerales que hoy se exhiben tras los cristales del museo. Doce personas de distintas edades y oficios, unidas por la intuición de que su historia – la de su puerto natal – merecía ser resguardada, se reunieron en 1976 para formar el "Centro Cultural Hijos de Chañaral". Fueron ellos, Nelson Olave Fariás, Juan Blanco Astudillo (fallecido en 1997) Alexis Romo Stretter (fallecido en 2016), Constantino Sicala Cortez, Rubén Olguin Cabezas, Eusebio Timbles López, Pedro Arévalos Fritis, Iván Valle Piñones, Carlos Aedo Fritis, Iván Hidalgo Rangel, Jaime Valle Piñones y Omar Olave Fariás. No sabían mucho de museología ni tenían fondos ni vitrinas. Pero sí tenían algo esencial: la voluntad.

La voluntad de recuperar insectos, mapas antiguos, huesos, herramientas, objetos sin valor comercial, pero con un valor simbólico y cultural incalculable. Porque esos objetos hablaban. Hablaban de un pasado que no querían que se perdiera. Hablaban de mineros, de geólogos, de niños curiosos, de mujeres que tejieron su historia al margen de los libros oficiales. Había objetos en los roperos, en los altillos, en los cajones de las abuelas. Bastaba con mirar bien, con hacer las preguntas correctas, con atreverse a tocar la memoria.

Y fue así como, siete años más tarde, el 22 de julio de 1982, se materializó el milagro: el museo abrió sus puertas. Sin cortinas rojas ni discursos de gala. Con estanterías prestadas, una casa prefabricada y mucho corazón. "No fue un camino liso", recuerda Nelson Olave, su fundador, su director, su centinela. Y no lo fue. Porque fundar un museo sin ser parte de una universidad ni de un aparato estatal es, en palabras simples, una proeza.

Hubo trabas, incomprensiones, carencias.



Pero también hubo fe. Fe en que los objetos donados por vecinos cobrarían un nuevo significado si eran compartidos. Fe en que un museo no era solo para científicos o turistas, sino para todos. Fe en que la historia no está en el pasado, sino en las manos de quienes deciden conservarla.

Juan Blanco Astudillo, uno de los pilares iniciales, autodidacta apasionado de las ciencias naturales, contagió esa fe. Su partida prematura no fue en vano: su legado está impreso en las vitrinas, en las etiquetas escritas a mano, en el eco de cada visita escolar. Como él, muchos otros aportaron desde el anonimato. Algunos siguen. Otros se fueron. Pero todos forman parte de este relato.

El museo nació primero en una casa prefabricada gestionada con la Intendencia Regional. Luego debió moverse por necesidades urbanas. Desde 1993, funciona en una casa antigua de la calle Buin 818, que alguna vez fue biblioteca y consultorio. Hoy esa estructura está fatigada, agrietada, pero sigue en pie. Como el sueño.

Y sigue en pie porque la historia de este museo no se mide en metros cuadrados, sino en el amor que lo sostiene. En esas cuatro habitaciones se despliega una colección viva: meteoritos, piezas arqueológicas, minerales, taxidermia, instrumentos militares, objetos que cruzaron siglos para encontrarse aquí. Cada unidad de exhibición es una

ventana al pasado, pero también un espejo del presente.

No es un museo decorativo ni ceremonial. Es un centro vivo. Este mes – al cierre de esta crónica – lo han visitado ya 186 personas, muchas de ellas especialistas: ecólogos, arqueólogos, profesores, curiosos con hambre de saber. Otros eran niños con los ojos bien abiertos. Para todos ellos, el museo tiene algo que decir. Porque está reconocido por el Ministerio de las Culturas, sí. Pero sobre todo porque está reconocido por su comunidad.

LA VOCACIÓN QUE SOSTIENE LO IMPOSIBLE

Pero hay algo más profundo que late aquí, algo que no se mide con cifras ni con medallas. Lo que mantiene vivo este museo no es solo su colección, sino la vocación inquebrantable de quienes lo sostienen. Una vocación que se vuelve casi invisible para el ojo externo, pero que es la médula de este proyecto.

Nelson Olave lo ha dicho sin vanidad pero con la certeza de quien ha resistido tormentas: esto ha sido una cruzada. Una lucha contra la fragilidad del tiempo y la erosión del olvido. Levantar un museo en una ciudad pequeña, con recursos escasos y escaso reconocimiento, es casi un acto de fe. Y sin embargo, aquí están, más de cuatro décadas después.

Para Nelson, esta tarea nunca fue un simple trabajo. Fue un compromiso vital, una forma de honrar la historia y devolverle dignidad a lo que otros consideran desechable. Esa vocación de servicio público no nació de un cargo ni de una beca. Nació del contacto directo con la comunidad, con los niños que preguntan, con los adultos que recuerdan, con los investigadores que agradecen.

Hay en este tipo de oficios una entrega que muchas veces es incomprensida. ¿Por qué dedicar la vida a conservar un fósil, una carta amarillenta, una herramienta antigua? Porque ahí, en esos vestigios, vive una parte del alma de un pueblo. Porque lo que no se cuenta, desaparece. Porque lo que no se conserva, muere. Y porque si no somos nosotros, ¿quién lo hará?

Nelson lo explica con palabras sencillas, pero de fondo hondo: "Esto es una manera de entender el mundo. Nos reconocemos entre quienes compartimos esta mirada, esta urgencia, esta responsabilidad. No por elitismo, sino porque es un llamado de nuestros ancestros y la historia. Y cuando uno recibe un llamado así, no puede hacer oídos sordos."

Ese llamado también lo escuchó en 2006 Gustavo Tapia, compañero de ruta y amigo entrañable del museo. "Esto ya es parte de uno", dice con la naturalidad de quien ya no distingue entre el museo y su propia historia personal. La línea que separa al individuo del proyecto desaparece. Porque cuando uno dedica su vida a proteger la memoria de otros, también está narrando la propia.

EL SUEÑO FUTURO: UN MUSEO A LA ALTURA DE SU HISTORIA

El museo que hoy resiste sobre vigas cansadas sueña con ser mucho más que un espacio digno: sueña con ser un legado. No se trata de crecer por crecer, ni de modernizarse solo por exigencias técnicas. El sueño es profundo: tener una infraestructura construida desde cero, pensada y diseñada para albergar la memoria con el respeto que merece.

Nelson Olave lo ha dicho claro: "El museo debe proyectarse, no solo resistir". Y esa proyección implica imaginar un edificio sólido, funcional y hermoso. Un espacio donde cada unidad de exhibición tenga su sala de depósito, donde cada depósito cuente con un investigador y su asistente. Porque un museo no es solo lo que se muestra: es lo que se resguarda.

Hoy, la casa donde opera el museo presenta riesgos. El concreto armado de 1946 no soporta más. Las termitas, la humedad, la





fragilidad estructural amenazan la colección. Y sin embargo, día tras día, el equipo sigue adelante, colocando trampas para roedores, ventilando vitrinas, manteniendo limpias las salas. Pero ya no basta.

El nuevo museo debería contar con espacios educativos, una biblioteca especializada, un archivo digital, una sala interactiva para los niños. Y sobre todo, debería convertirse en un polo cultural que revitalice el alma de Chañaral, como una antorcha que inspire a otros pueblos a contar su historia, con orgullo y memoria.

Como dice Gustavo: "Un museo no es un edificio con cosas antiguas. Es una herramienta para el futuro". Y por eso, sueñan con que ese futuro llegue. Porque la historia no puede esperar eternamente en estructuras frágiles. Porque lo que resiste también merece florecer.

DEFENDER LA MEMORIA: UNA TRINCHERA INVISIBLE

En un mundo que avanza a toda velocidad, donde la novedad reemplaza a la reflexión y los algoritmos dictan qué es relevante, defender la memoria se ha convertido en un acto de resistencia. Y eso es, precisamente, lo que este museo ha hecho por más de cuatro décadas: resistir el olvido.

Cada fotografía, cada fósil, cada artefacto minero que reposa en las salas, ha sido testigo de una historia que pudo desaparecer. Pero no lo hizo. Porque hubo quienes decidieron recogerla, clasificarla, compartirla. Porque hubo —y hay— una conciencia clara: sin memoria, no hay identidad. Y sin identidad, no hay futuro.

Hoy, cuando muchas voces claman por

justicia ambiental, por verdad histórica, por dignidad patrimonial, el museo se vuelve aún más relevante. Es una trinchera invisible, silenciosa, pero poderosa. Porque lo que aquí se resguarda no es solo materia: es sentido. Es historia viva.

LA ETERNIDAD CABE EN UNA VITRINA

Cuando uno se detiene en la penumbra tibia del museo, frente a una roca milenaria o una fotografía sepia, no está simplemente observando. Está viajando. Está escuchando el eco de una comunidad que decidió no olvidar. Está presenciando el acto más humano de todos: la voluntad de recordar.

Este 22 de julio, cuando el museo cumple 43 años, no habrá alfombra roja ni fuegos artificiales. Pero habrá algo más poderoso: una comunidad que vuelve a mirar sus raíces, un visitante que se emociona, un niño que pregunta. Y esa escena sencilla, íntima, es el mayor homenaje que un museo puede recibir.

Porque en tiempos de inmediatez, el museo es pausa. En tiempos de ruido, es susurro. En tiempos de abandono, es abrigo. Mientras las ciudades corren detrás de la novedad, Chañaral custodia lo esencial: la historia, la memoria, la dignidad.

Y si bien los fundadores pasarán, como pasamos todos, quedará lo más valioso: la semilla que plantaron. Porque como dice la frase que alguna vez se leyó en una de las paredes del museo: "La eternidad cabe en una vitrina, si alguien se detiene a mirar con el corazón abierto."

Ese alguien puede ser cualquiera de nosotros.